

Un modelo de crítica renovadora

GRAMUGLIO, M. T. (2013).

Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina.

Rosario, Editorial Municipal de Rosario.



Por Elisa Calabrese

Este muy esperado libro presenta, a primera vista, dos características en tensión pues si por una parte responde a una práctica frecuente entre profesores y críticos, recopilar algunos de sus ensayos, hasta el momento dispersos en distintas publicaciones académicas, por otra parte está precedido por un extenso prólogo que no lleva ese nombre pues, tal como lo describe su subtítulo, es una biografía intelectual. Se sitúa de ese modo, en una singularidad ajena a los protocolos del género, que por lo general limita los datos del autor o autora del libro a su solapa o contratapa. Sin embargo, estas dos condiciones no están tan en las antípodas como parece pues si leemos atentamente el prólogo, podremos observar que quien lo firma, Judith Podlubne, procura exponer los motivos por los que Gramuglio fue tan parca en reunir sus trabajos en libros –eso también explica, dicho entre paréntesis, por qué inicié estas líneas con la mención de un libro “esperado”–. En efecto, la autora del prólogo, combinación de biografía intelectual y larga entrevista, ha sido alumna y tesista de doctorado de la autora del libro y una permanente interlocutora, según palabras de la propia Gramuglio en un pasaje del prefacio que sigue a esas páginas iniciales, suerte de ingreso explicativo del corpus crítico que sigue.

Lo que llamé entrevista para dar a mis lectores una idea de cómo se presenta la trayectoria y personalidad de la estudiosa, está constituida más bien por fragmentos de sus escritos, así como por conversaciones que seguramente han tenido lugar a lo largo del tiempo compartido y constituyen una eficaz estrategia de presentación para que conozcamos a una intelectual con una clara posición profesional e ideológica a la que no creo exagerado calificar de “frankfurtiana” por el sostenimiento de una ética de la escritura crítica. Un sencillo ejemplo bastará para mostrarlo: Gramuglio confiesa que nunca sufrió la compulsión de escribir pero también opina que sólo hay que hacerlo si se tiene algo significativo para decir. Actitud, como es evidente, a contrapelo del pragmatismo utilitarista que inunda las aulas académicas y que se hace patente en la proliferación de *papers* para reunir puntaje, entre los cuales muy pocos dejan un resto productivo. Por el contrario, este libro es, precisamente, lo opuesto:

en él no sobra ninguna de sus frases y como comentaré más adelante, sus estudios sobre ciertos temas puntuales han modificado sustancialmente el estado de la cuestión en el campo de nuestra cultura. No quiero dar una impresión errónea con lo que estoy diciendo, como si esta biografía/entrevista mostrara una personalidad rígida y monocorde; por el contrario, es muy interesante seguir el derrotero de sus años de formación, que pintan a una joven estudiante activa, participativa y hasta provocadora y el dibujo de sus etapas también sirve para que la prologuista no sólo diseñe una figura y una trayectoria, sino que la disponga sobre un fondo útil para caracterizar el horizonte de una época –intensa y transformadora– específicamente situado en Rosario y su universidad, por el que desfilan figuras que construyeron un ámbito intelectual y político importante cuyos efectos, pese a la interrupción dictatorial, perduran hasta hoy.

Para terminar con mi comentario del prólogo, me apropiaré de algunos de sus párrafos finales, porque creo que expresan perfectamente la condición general de la mirada crítica con la que Gramuglio lee nuestra cultura, pensándola en un horizonte virtual de redes azarosas. Antes que un objeto fijo, nuestra literatura sería esa red de relaciones en un horizonte de literatura mundial. Escribe Podlubne:

La literatura mundial, entonces, como ese horizonte al que tiende esa vocación cosmopolita de escritores e intelectuales periféricos. Esta es la cifra del asunto para Gramuglio. El cosmopolitismo al que se refieren sus artículos es siempre un cosmopolitismo periférico, el de los que transforman la carencia en don (62).

La cita se justifica porque es importante como guía de lectura de lo que sigue pues alerta acerca de lo que debemos esperar; no pensemos en una mirada crítica convencional, que estudiando a tal o cual autor nos dijera cuáles de sus gestos o qué rasgos de su escritura son cosmopolitas, sino que debemos situarnos en esa red de relaciones en perpetuo movimiento; así, cosmopolitismo y nacionalismo son nociones autoimplicadas: si Borges en “El escritor argentino y la tradición” recomienda el saqueo de la tradición

universal como legalidad a la que nos autoriza la situación periférica, un escritor irlandés nacionalista, por ejemplo, enfatizaría lo que singulariza su diferencia.

Me interno ahora en el libro mismo, habiendo ya atravesado sus pórticos, para observar una primera característica de su organización: aunque todos los capítulos ofrecen las referencias del medio donde fueron publicados previamente y la correspondiente fecha de producción, no es el orden cronológico el elegido para su despliegue, sino un vínculo a la vez temático y epistemológico. En efecto, el orden temático es fácilmente perceptible e indica una de las condiciones más destacables de la autora: preferir intensidad y profundización a dispersión y variedad. Son muy conocidos ciertos motivos básicos que han profundizado sus investigaciones: sus estudios sobre *Sur*; la exploración en los textos de los escritores nacionalistas, entre ellos, las miradas críticas focalizadas sobre determinados aspectos en escritos de Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez; el ensayo de interpretación nacional; la década del treinta. Pero puedo decirlo desde mi perspectiva de lectura porque siempre me han interesado los trabajos de Gramuglio y conocía previamente varios de ellos; sin embargo, leídos como totalidad amplían su alcance y de allí surge, justamente, la dimensión epistémica. Me refiero en especial al capítulo que abre el volumen, titulado “Literatura argentina y nacionalismo. Hipótesis para el análisis de una relación compleja” pues su dimensión a la vez histórica y teórica abre perspectivas renovadoras sobre un campo que la misma autora no vacila en calificar de “asunto contencioso”. La densidad del recorrido conceptual con que se despliega el tema es realmente notable y el espesor de saberes comprimido en esas páginas indica precisamente el rigor crítico con que se ha explorado una cuestión tan compleja como resbaladiza por su resistencia a las clasificaciones. Me rectifico: clasificaciones no es un término adecuado, porque, así como con la idea de cosmopolitismo, Gramuglio no sólo no pretende taxonomías, sino que rodea la cuestión sin delinear un objeto fijo, sino más bien produciendo una red que moviéndose entre los diversos contextos implicados –histórico, epistémico, filosófico– presenta una multiplicidad de entradas al problema. Esta red, empero, no obedece a una marea caprichosa porque sus puntos de anclaje son firmes; a mi parecer, son principalmente dos: el apego a un riguroso saber histórico y una actitud crítica siempre atenta a la *posición* palabra que subrayo y uso en dos sentidos: como colocación contextual y como asunciones teórico-ideológicas. Respecto de lo primero, son evidentes la gran cantidad de lecturas de historiadores dedicados al tema, tanto del mundo

europeo como del propio: aquí vuelve a jugar la idea de horizonte intelectual que Podlubne explicaba en su prólogo, por otra parte, Gramuglio no escatima las menciones a una bibliografía seleccionada con criterios muy claros que constituye otro aporte importante al lector. En cuanto a lo segundo, es el punto donde destella la originalidad del estudio pues esas lecturas del nacionalismo no son servilmente aplicadas al caso argentino; por el contrario, aquí la autora asume posiciones propias y nítidamente argumentadas, sin dejar de mencionar, con honestidad intelectual, los debates sobre los que se proyecta la cuestión. Así por ejemplo, luego de situarnos ante una primera dificultad para el estudio de la vinculación entre nacionalismo y literatura, derivada de la índole misma del primero, ambivalente, proteico y difuso hasta el punto de resistir los propósitos por capturarlo, definirlo y/o clasificarlo, leemos lo siguiente:

[...] ello indica la necesidad de circunscribir con cierto rigor, en cada caso particular, la forma que ha adoptado el nacionalismo de que se trate, así como las condiciones sociales y temporales de su emergencia y desarrollo: esto último porque, como se ha observado con acierto, en la configuración de cada nacionalismo tiene tanta importancia el contexto en que nace como la incidencia de los anteriores, que le proveen de un archivo cada vez más copioso de motivos, argumentos y experiencias con que orientar sus discursos y estrategias (71).

Y a esta tarea se aboca el capítulo: las procedencias, los hitos de su emergencia, las bifurcaciones de los nacionalismos argentinos, en fin, se dedica a cumplir con el programa que él mismo había reclamado. Por eso vuelvo a lo ya dicho; luego de asomarse a un campo como el abarcado por este trabajo, leer los estudios sobre Lugones y Gálvez que le siguen adquieren una nueva dimensión posible.

Sin hacer una estadística ni una aproximación rigurosa a la enorme proliferación de estudios, *papers*, ensayos y artículos en revistas sobre literatura argentina que inundan el ámbito universitario, una simple ojeada revelaría el poco interés crítico que suscitan ciertos autores, como es el caso de Lugones, con las notorias excepciones que conocemos. Las consecuencias de esta actitud son varias; tal vez una de ellas sea, posiblemente, relegar el conocimiento de su obra a una vulgata de manual. Los trabajos que ocupan los tres capítulos que siguen son un ejemplo de cómo, a partir de la construcción de una imagen de escritor, puede trabajarse una cuestión cultural de amplios alcances –desde el filosófico hasta el político– dada

por la pregunta del lugar del poeta en la sociedad. En estos capítulos, puede verse la productividad de un motivo recurrente en los trabajos de la autora, que comienza –creo entender- con un artículo de 1992, llamado “La construcción de la imagen” donde define esta metáfora nocional¹. Cabe destacar que en estos capítulos sobre el Lugones que se dibuja como el poeta-legislador, como el héroe de la nacionalidad, se aúnan de manera excepcional la descripción del ideario que alimenta el imaginario del escritor con las condiciones poéticas de su discurso. En “La primera épica lugoniana” Gramuglio se focaliza en *La guerra gaucha*. Después de los clásicos estudios de Guillermo Ara y Juan Carlos Ghiano, no creo que haya otro mojón que señalar hasta el renovador ensayo, que convocó inmediatamente en mi mente el recuerdo de una frase de Adorno cuando sostiene que sólo en su ley formal es cómo el arte da cuenta de la realidad, porque parece ser la línea de fuerza que atraviesa la lectura de Gramuglio. Así, cuando escribe que para Lugones: “[...] la forma busca imponer una unidad de sentido al caos de los `detalles` que suele abrumar a la historia...” (123).

¿Y del lado del cosmopolitismo? Naturalmente, *SUR*. Los estudios sobre la legendaria revista de Victoria Ocampo ocupan cinco capítulos y quienes los hemos estudiado con cuidado podemos entender por qué uso el término “legendaria”, pues mucho de mito rodeaba el imaginario sobre esa publicación, hasta que los trabajos de Gramuglio comenzaron a poner las cosas en su sitio, desbrozando las brumas de lugares comunes. En principio, deconstruyendo la idea de homogeneidad que acompaña en principio, cualquier mirada sobre una formación (en el sentido de Raymond Williams, autor también muy transitado y procesado por Gramuglio) especialmente si ha trascendido mucho y durante muy largo tiempo, como es el caso de *SUR*. Luego porque, ¿qué mejor banco de pruebas para ejercer la práctica crítica guiada por esa idea de cosmopolitismo periférico que mencioné al comienzo? Si esta noción tan productiva para la lectura de la cultura argentina brotó de sus aproximaciones a una revista cuyos ojos se deslizaban constantemente de América a Europa y viceversa, o si la concibió y encontró en *SUR* su confirmación, es una pregunta que no tiene objeto hacerse porque es como la del huevo y la gallina; queda en pie un enfoque renovador que es imposible soslayar al aproximarse a ese momento crucial para nuestra cultura. El capítulo dedicado a la relación literaria de Borges y Adolfo Bioy Casares en la revista, constituye una muestra en micro de cómo el crítico es también un escritor con un estilo reconocible

donde se aúna la seriedad del análisis con el humor, tan en consonancia con los llamados “textos en colaboración” que ambos escritores compartieron.

Finalmente, para que esta nota no pretenda hacer de quien escribe un crítico con estilo reconocible y resulte, en cambio, un comentarista abrumador, diré que el apartado titulado “Interrelaciones entre literatura argentina y literaturas extranjeras” surge de la más tardía de las experiencias docentes de Gramuglio que fue la de ocuparse de la titularidad de la cátedra de literatura europea en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Si bien abundan los congresos de literaturas comparadas no me parece que el medio académico argentino se destaque particularmente en este campo como en cambio sí ocurre en Brasil donde es tradición. A esta situación en el ámbito universitario argentino de la carrera de Letras es que se dedica el capítulo “Literatura comparada y literatura latinoamericana”, al cual hay que recurrir si uno quisiera asomarse al problema de cómo empezar a trabajar con esta perspectiva. Pero si este capítulo nos enseña mucho teóricamente sobre el estado de la cuestión, el que sigue es un ejemplo concreto, dedicado a comparar *Atala*, de René de Chateaubriand y *La cautiva*, de Esteban Echeverría, bajo un título muy sugerente: “El buen salvaje no existe. Para una relectura comparativa de dos textos románticos”. Un principio básico de la comparatística se enuncia desde los comienzos: “El punto de articulación entre ambos textos para este ensayo de relectura es la figura o mito del ‘buen salvaje’”, explica sencillamente Gramuglio, dando a conocer su anclaje metodológico. Y realmente vale la pena enriquecer nuestras lecturas previas con esta relectura de uno de nuestros clásicos decimonónicos, donde la crítica retorna a su manera de operar en red con el fin de renovar la perspectiva tradicional de las influencias actuantes en el poema de Echeverría. Un breve pasaje lo mostrará suficientemente. Previendo la objeción a sus argumentos cuando encuentra afinidades y ecos de Chateaubriand en el argentino, escribe lo siguiente:

Pero mi perspectiva intenta separarse de la noción lineal de influencia propia del comparatismo tradicional, para intentar la construcción de una red de relaciones que, sin ignorar los datos comprobados, no busca afirmarse exclusivamente en ellos sino proponer interconexiones más conceptuales y virtuales que empíricas (361, el énfasis es mío).

Este trabajo estaba inédito hasta el momento, y realmente es de celebrar su publicación aquí porque me parece uno de los más ricos del libro por la multiplicidad de posibilidades críticas que ofrece.

¹ Gramuglio, M. T. (1992). “La construcción de la imagen”. *La escritora argentina*. Santa Fé, Universidad Nacional del Litoral, de la Cortada, 37-64.

Pero las problemáticas del método comparativo no terminan en él: en los tres últimos capítulos del libro, Gramuglio deslumbra con su conocimiento de los más recientes debates sobre el tema y aborda la cuestión —como es su costumbre— con una perspectiva a la vez historicista y teórica. Estos capítulos, llamados “El cosmopolitismo de las literaturas periféricas”; “Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto” y “Literatura mundial. Una aproximación”, son quizás los más complejos del libro y tal vez los que demanden mayores competencias; están dirigidos a un lector especializado pues ofrecen cantidad

de entradas a un campo de por sí difícil de acotar. Pese a la modestia constante de la autora, cuyas propuestas son siempre calificadas de “hipótesis” y “aproximaciones”, redondean aspectos esbozados en el anterior, mostrando la gran productividad lograda por la meditada elaboración que su experiencia con la enseñanza de las literaturas europeas ha promovido. Y como ya consigné, quiero terminar esta nota de un modo categórico, al decir que es un libro imprescindible. La cuidada edición hace su lectura muy agradable y la fluidez, claridad y precisión de la escritura lo hace parecer engañosamente fácil.